

# **CÓMO LOS SANTOS PUEDEN AYUDAR AL DIABLO**

## **Volumen 1 – Sermón No. 264**

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 24 DE JULIO DE 1859,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“para que lleves tu confusión, y te avergüences de todo lo que has hecho,  
siendo tú motivo de consuelo para ellas”  
Ezequiel 16:54***

No es un estado cómodo estar en enemistad con Dios, y el pecador lo sabe. Aunque persevere en su rebelión contra el Altísimo y no se vuelva ante la reprimenda del Todopoderoso, sino que siga en su iniquidad, buscando desesperadamente su propia destrucción, es consciente en su propia conciencia de que no está en una posición segura.

De ahí que todos los malvados busquen constantemente excusas. Las encuentran, ya sea en las supuestas resoluciones de reformarse en algún período futuro, o bien en la declaración de que la reforma está fuera de su poder, y que, actuando de acuerdo con su propia naturaleza, deben continuar en sus iniquidades.

Cuando un hombre está dispuesto a encontrar una excusa para ser enemigo de Dios, nunca tiene que estar perdido. El que tiene que encontrar un hecho puede encontrar alguna dificultad, pero el que quiere forjar una mentira puede sentarse en su propia chimenea y hacerlo. Ahora, las excusas de los pecadores son todas falsas, son refugios de mentiras, y por lo tanto no tenemos que asombrarnos de que sean excesivamente numerosas, y muy fáciles de encontrar.

Una de las formas en que los pecadores se excusan con frecuencia es tratando de obtener alguna disculpa por sus propias iniquidades de las inconsistencias del pueblo de Dios. Esta es la razón por la que hay mucha calumnia en el mundo. Un verdadero cristiano es una reprimenda para el pecador, dondequiera que vaya, es una protesta viva contra el mal del pecado. Por eso es que el mundano se ensaña con el hombre piadoso. Su lenguaje en su corazón es: "Me acusa en mi cara, no puedo soportar la vista de su carácter santo, hace que la negrura de mi propia vida parezca más terrible, cuando veo la blancura de su inocencia contrastando con ella".

Y entonces el mundano abre todos sus ojos, y se esfuerza por encontrar una falta en el virtuoso. Sin embargo, si no lo consigue, tratará de inventar una falta, calumniará al hombre, y si incluso ahí no lo consigue, y el hombre es como Job, "perfecto y recto, y que temía a Dios y evitaba el mal", entonces el pecador, como el diablo de antaño, empezará a imputar algún motivo equivocado a la inocencia del cristiano. "¿Acaso Job sirve a Dios en vano?", dijo el diablo. No podía encontrar ningún defecto en Job, su carácter era impoluto y sin mancha. "Pero", dice, "se aferra a su religión por lo que consigue con ella".

Considero que es una acusación gloriosa cuando se nos acusa falsamente de ser religiosos por afán de lucro. Demuestra que nuestros enemigos no tienen ningún otro cargo que puedan presentar contra nosotros. Han registrado todas las moscas de su calumnia, y no pueden encontrar nada tangible, y esto es lo último que pueden aportar, una imputación sobre el motivo del hombre que no tiene otro motivo en todo el mundo que glorificar a su Dios y ganar a los pecadores para que no sean destruidos. En esto, pues, glorifiquémonos.

Si los pecadores nos calumnian, es porque les incomodamos. Ven que nuestras vidas son una protesta contra ellos, y ¿qué pueden hacer? Deben responder de alguna manera a la demanda que hemos presentado contra ellos en la Cancillería del cielo, y lo hacen emitiendo una dúplica contra nosotros, y presentándonos como acusados en el caso. Nos gloriamos en esto, en que somos acusados que podemos probar nuestra inocencia, y no nos avergonzamos de presentarnos ante el tribunal de Dios para que se juzguen nuestros motivos.

Hay mucho que decir para alegrarnos en el hecho de tal libelo. Sabemos que el trabajo está hecho. Estamos seguros de que nuestros disparos han contado en su armadura, cuando se ven obligados a devolver sobre nosotros sus calumnias y el veneno de su ira. Ahora sabemos que sienten el poderío de nuestro brazo, ahora sabemos que no somos como ellos, meros charlatanes y enanos. Han sentido nuestro poderío, y contra él patalean, espuman, vomitan su ira. En esto, digo, nos gloriamos. Los hemos golpeado con fuerza, o de lo contrario no se levantarían contra nosotros de esta manera.

¡Ay! Sin embargo, los pecadores no siempre tienen que usar la calumnia y la mentira. Es demasiado cierto que la iglesia ha dado una verdadera causa de buena fe a los malvados para excusarse en su pecado, las inconsistencias de los profesantes, la falta de corazón en la piedad, la ausencia de seriedad devota, han dado tristes motivos a los impíos para justificarse en su pecado.

Es sobre este melancólico tema que voy a entrar esta mañana, y que Dios conceda a todo su pueblo que se sienta convicto en sus conciencias, el espíritu de luto y contrición; para que se aflijan ante Dios, y confiesen esta gran iniquidad que han hecho, es decir, que han consolado a los pecadores en su pecado por su propia inconsistencia, y han justificado a los

malvados en su rebelión por sus propias rebeldías y revueltas.

Esta mañana trataré el tema de esta manera. En primer lugar, señalaré el hecho, los diferentes actos de los cristianos que han ayudado a alentar a los pecadores en su pecado; y luego, en segundo lugar, observaré las consecuencias de este mal, cuánto ha sido perjudicado el mundo en general por los actos de los profesos seguidores de Cristo; y luego vendré con una solemne advertencia, sacando el gran ariete, para arremeter contra estos refugios de la mentira, y además clamando a viva voz a los que son siervos fieles de Cristo, para que retiren sus manos, y no sigan ayudando a mantener la Jericó en la que se han atrincherado los impíos.

I. Primero, entonces, será mi triste y melancólico negocio esta mañana mostrar ciertos hechos que sería deshonesto negar, a saber, que **los actos de muchos seguidores de Cristo han sido la causa de justificar y alentar a los pecadores en sus malos caminos.**

1. Y, en primer lugar, observaré que las incoherencias diarias del pueblo de Dios tienen mucho que ver con este asunto. Por incoherencias no me refiero exactamente a esos delitos más graves en los que, en períodos tristes y lamentables, caen muchos profesantes, sino que me refiero a esas incoherencias frecuentes que llegan a ser tan comunes en realidad, que apenas son condenadas por la sociedad.

La codicia de demasiados cristianos ha tenido esta compensación. "Mira", dice el mundano, "este hombre profesa que su herencia está en lo alto, y que su afecto no está puesto en las cosas de la tierra, sino en las del cielo, pero míralo, es tan sincero como yo en cuanto a las cosas de este mundo, puede apretar el tornillo con su deudor tan fuertemente como yo, puede raspar y cortar con los que tratan con él tan agudamente como lo he hecho yo". No, amados, esto no es un mero cuento, ¡ay! He visto personas que se presentan para ser elogiadas como comerciantes exitosos, cuyas vidas no soportan la prueba de las Escrituras, cuyas transacciones comerciales fueron tan duras, tan agarradas, tan astutas, como las transacciones de los más mundanos.

Cuántas veces ha sucedido que algunos de ustedes han doblado sus rodillas en el santuario y han dicho: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores", y una hora después, su dedo ha estado a punto de encontrarse con su pulgar a través de la vena yugular de algún deudor al que habían agarrado por el cuello.

La iglesia de Cristo parece ser tan mundana como el mundo mismo, y los profesantes de la religión se han vuelto tan agudos en el comercio y tan poco generosos en su trato, como aquellos que nunca han sido bautizados en el Señor Jesús, y nunca han profesado servirle.

¿Y ahora qué dice el mundo? Nos echa en cara esto. Si se le acusa de amar las cosas del tiempo y del sentido, responde: "Y vosotros también". Si le decimos al mundo que ha puesto

sus esperanzas en una sombra, responde: "Pero nosotros hemos puesto nuestra esperanza en la misma cosa en la que vosotros estáis confiando, sois tan mundanos, tan avaros, tan codiciosos como nosotros, vuestra protesta ha perdido su fuerza, ya no sois testigos contra nosotros; nosotros somos acusadores de vosotros".

Otro punto en el que el pecador suele excusarse es la mundanidad manifiesta de muchos cristianos. Verás a hombres y mujeres cristianos tan aficionados a los vestidos y tan complacidos con las frivolidades de la edad como cualquier otra persona podría ser, tan ansiosa de adornar su persona exterior para ser vista por los hombres, tan ambiciosa de ganar la alabanza que los tontos conceden a la buena vestimenta, como el más tonto petimetre o la más llamativa entre las mujeres mundanas.

¿Qué dice el mundo cuando nos volvemos hacia él y lo acusamos de ser una simple mariposa y de encontrar todos sus placeres en juguetes llamativos? "¡Oh, sí!", dice, "conocemos tu canto, pero a ti te pasa lo mismo. No te levantes y canta,

***"Las joyas para mí son juguetes llamativos,  
y el oro sólo polvo sórdido".***

Y, sin embargo, a ustedes les gusta tanto el brillo como a nosotros, sus doctores en divinidad se enorgullecen tanto de su doctorado como cualquiera de nosotros de otros títulos. Sois tan puntillosos con los términos de honor como cualquiera de nosotros. Habláis de llevar la cruz, pero no la vemos por ninguna parte, salvo que es una cruz dorada que a veces cuelga de vuestro pecho. Dices que estás crucificado al mundo, y el mundo a ti, es un tipo de crucifixión muy alegre. Decís que mortificáis vuestros miembros y os negáis a vosotros mismos, vuestra mortificación debe ser sufrida en secreto, pues es muy poco lo que podemos ver de ella".

Así, el mundano se echa atrás ante nuestro desafío, declarando que no somos sinceros, y así se consuela en su pecado, y se justifica en su iniquidad. Miren también el orgullo manifiesto de muchos profesantes de religión. Vean a los miembros de las iglesias cristianas tan orgullosos como es posible.

Sus espaldas son tan rígidas como si tuvieran una vara de hierro en el centro, suben a la casa de Dios, y es una doctrina cristiana que Dios ha hecho de una sola carne todas las naciones que habitan sobre la faz de la tierra, pero el cristiano es tan aristocrático como cualquier otro, igual de orgulloso e igual de rígido. ¿Está el cristiano revestido de tela ancha? Cuán a menudo siente que es una condescendencia poseer un guardapolvo, y cuán a menudo se ve a una hermana de Cristo vestida de satén, que piensa que es algo lleno de maravilla si posee un compañero en un estampado que no se puede lavar.

Es inútil negarlo. No creo que el mal sea tan común entre nosotros como lo es en algunas iglesias, pero esto sé, que hay iglesias y capillas respetables en las que un pobre hombre apenas se atreve a mostrar su rostro. El orgullo de la iglesia seguramente se ha vuelto casi tan grande como el orgullo de Sodoma de antaño. Su abundancia de pan y su rigidez de cuello la han llevado a exaltarse a sí misma, y mientras que es la verdadera gloria de la iglesia que "a los pobres se les predique el evangelio", y que los pobres hayan recibido la Palabra con alegría, ahora se convierte en el honor de la iglesia hablar de su respetabilidad, de la dignidad y la posición de sus miembros, y de la grandeza de su riqueza.

¿Qué dicen entonces los mundanos? "Nos acusáis de orgullo y sois tan orgullosos como nosotros. ¿Ustedes los humildes seguidores de Jesús, que lavaron los pies de sus santos? Vosotros no, no tendréis ningún inconveniente, dudamos de que no os lavéis los pies los demás, pero no nos parece probable que lavéis jamás los nuestros. ¿Vosotros, los discípulos de los pescadores de Galilea? Vosotros no, sois demasiado finos y grandes para eso. No nos acuséis de soberbia, porque sois una generación tan dura de cerviz como nosotros mismos".

Ahora bien, esto sólo se menciona entre nosotros como inconsistencias, no como pecados. Pero en verdad son pecados, y son pecados tales que impiden que el Espíritu de Dios bendiga a la iglesia. También son pecados que hacen que los malvados sean insensibles en sus pecados, embotan el filo de nuestras reprimendas e impiden que la Palabra de Dios actúe en los corazones de los hombres.

Podría mencionar otro hecho triste con respecto a la iglesia, que a menudo nos escuece mucho: las diversas enemistades, y luchas, y divisiones que surgen. Dile al hombre mundano que los cristianos se aman. "Ah", dice él, "deberías ir a Ebenezer o a Rehoboth, y ver cómo se aman. No hables de llevar una vida de perros y gatos. Mira muchas de tus iglesias, ve cómo se trata al ministro, y cómo los diáconos están en armas, y cómo los miembros se odian unos a otros". Apenas pueden celebrar una reunión de la iglesia sin insultar unos a otros. ¡Cuántas veces se comprueba que esto es cierto en muchas iglesias!

Y entonces el mundano dice: "Nos decís que nos mordemos y nos devoramos unos a otros, y que nuestras guerras y peleas provienen de nuestra lujuria. ¿De dónde vienen vuestras guerras y peleas? ¿Nos dices que nuestra ira y enojo son el efecto del pecado que mora en nosotros lo qué causa vuestras divisiones y vuestras contiendas?" De este modo, como ves, el testimonio de los hijos de Dios queda invalidado, y ayudamos alentando a los pecadores en sus pecados.

2. Ahora, es mi triste deber ir un paso más allá. No son sólo estas inconsistencias, sino los crímenes flagrantes de algunos discípulos profesos, los que han ayudado en gran medida a

los pecadores a resguardarse de los ataques de la Palabra de Dios. De vez en cuando el cedro cae en medio del bosque. Alguien que se destacaba en la iglesia de Dios, como profeso seguidor de Jesús, se aparta. "Se apartan de nosotros porque no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, sin duda habrían continuado con nosotros; pero se apartaron de nosotros, para que se manifestara que no eran de nosotros".

Hemos llorado por altos profesantes que se han convertido en borrachos, hemos visto a hombres poderosos en las reuniones públicas religiosas convertirse en sinvergüenzas en bancarrota. Nos han echado en cara docenas de veces, que la religión se ha convertido a menudo en un manto para el fraude, y que cuando el mundo ha confiado a un hombre religioso su riqueza, ese hombre religioso se la ha llevado consigo, y no ha sido encontrado en el momento adecuado. Oh, esta es la gran maldición de la iglesia.

Ayer mismo estaba pensando, con mucho dolor en mi corazón, en la época actual, y no pude menos que llegar a la conclusión de que todas las quemaduras de los tiranos paganos, que todas las torturas de los verdugos papistas, que todas las muertes sangrientas a las que el pueblo de Dios fue sometido alguna vez, en cualquier época del mundo, nunca han hecho tanto daño a la causa de Cristo como las inconsistencias de los profesantes de la época actual. Hace unos tres años, creo, que los fracasos entre los hombres religiosos parecían estar a la orden del día, y nuestros periódicos estaban literalmente repletos de acusaciones contra la Iglesia de Dios.

Oh, hermanos míos, no hablemos de estas cosas si no es con luto y lágrimas. Envuélvete en un saco, oh iglesia de Dios, aparta tu risa, y echa ceniza sobre tu cabeza, porque la corona de tu gloria se ha ido, tus vestidos están manchados, y la suciedad de tus faldas da testimonio contra ti. Oh iglesia de Cristo, tus nazareos eran más puros que la nieve, eran más blancos que la leche, pero ahora su rostro es más negro que el carbón y sus manos están manchadas de iniquidad.

Acuérdate del tiempo de tu pureza, cuando tus sacerdotes eran gloriosos, y tus hijos e hijas estaban vestidos con ropas reales. ¡Cómo has caído! ¡Cómo has sido derribado de los altos montes! Tus príncipes están vestidos de harapos, los velos están arrancados del rostro de tus hijas, y tú misma te has quedado desconsolada y viuda, a causa de la iniquidad de tus hijos y de tus hijas. Ay de nosotros, porque tu gloria se ha ido, tu sol se ha cubierto de densas tinieblas, y tus estrellas retienen su luz. La corona ha caído de nuestra cabeza: ¡ay de nosotros que hemos pecado!

Oyentes míos, mi alma me ha llevado, sin aliento y jadeante vuelvo a mi estilo más humilde pero no menos serio. Recordad cuán vastos son vuestros poderes para el mal. Vuestros ministros pueden predicar todo lo que quieran, pero vosotros deshacéis su predicación si sois

impíos. Si ustedes son inconsistentes en sus vidas, Pablo, Apolos y Cefas podrían predicar con poder, pero no tienen ni la mitad del poder para edificar que ustedes tienen para derribar. Ustedes son los obreros más poderosos, ustedes profesantes de religión, pueden deshacer infinitamente más de lo que nosotros podemos lograr.

Y ahora me detengo, y alivio la sombra de este tema con algo que, me temo, es a los ojos de Dios igualmente vil. ¿Con qué frecuencia el pueblo de Dios consuela a los pecadores en sus pecados con sus murmuraciones y sus quejas? Oh, amados, tenemos el hábito de cubrir nuestros rostros con tristeza a causa de nuestras pruebas temporales, y muy poco hábito de llorar a causa de las fallas de la iglesia de Dios.

¿Cuán frecuentemente se encuentra uno con un verdadero cristiano lleno de preocupaciones incrédulas! Ah, él dice: "todas estas cosas están en mi contra". Tiene comida y vestido, pero no está contento con ello, tiene más que eso, pero su tienda está un poco disminuida, y está muy abatido, y no tiene fe, y no puede confiar en el Señor.

"¡Oh!", dice el mundano, "mira a estos cristianos, hablan de fe, pero su fe no les sirve ni la mitad de lo que me sirve mi desesperación. Eso endurece mi corazón y me hace resistir la aflicción mucho mejor que lo que puede hacer su fe en la providencia de Dios. Sólo miren a estos santos: un conjunto de criaturas lloronas que nunca tienen paz ni gozo; siempre están poniendo caras largas y hablando acerca de sus tristes pruebas y problemas; nunca tienen una hora de felicidad. ¿Quién quiere ser cristiano? No quiero convertirme", dice el mundano, "¿por qué habría de arrancar el rayo de sol de mis ojos y quitar la sonrisa de mi frente? ¿Por qué he de profesar seguir a un Dios cuyos siervos sólo le adoran llorando, y nunca ofrecen otro sacrificio que el de los gemidos, los suspiros y las murmuraciones?"

¿No podría venir a menudo un hombre malvado, cuando los cristianos están refunfuñando juntos sobre la maldad de los tiempos, sobre el alto precio de los productos básicos, y la baja tasa de salarios, y así sucesivamente, y no podría decir: "Sí, puedo ver que vuestro Dios os trata muy mal, si yo fuera vosotros me pondría en huelga, y no tendría nada que ver con Él"? Y se iría riendo y diciendo: "¡Ah! Baal me trata mejor, obtengo más placer en este mundo que esta gente cristiana. Que tengan su valiente cielo para ellos si quieren, yo no voy a ir lloriqueando por este mundo con ellos, déjame tener alegría y regocijo mientras pueda".

¿No crees que de esta manera tú y yo hemos hecho un mundo de daño a la causa de Cristo, y podemos haber ayudado alentando a los pecadores en sus iniquidades?

Un punto más y termino con esto. Tal vez el mayor mal ha sido causado por la frialdad e indiferencia de los profesantes religiosos. No os acuso, oh iglesia de Dios, de inconsistencia, no pongo ningún crimen a vuestra puerta ahora, es con otra falta que os acuso, una tan grave

como estas. Os ruego que os declaréis culpables de ella, pues no haréis más que decir la verdad, y entonces ruego a Dios que esta vuestra culpa sea limpiada, y que no le ofendáis más con este vuestro mal.

La iglesia de Dios en la época actual es fría, y tibia, y sin vida, comparada con lo que solía ser. Cuando estuve predicando en Gales esta semana, no pude dejar de observar el poder que asistía al ministerio, cuando había una congregación viva y una compañía sincera reunida para escuchar la Palabra de Dios.

Aquí nos hemos acostumbrado a sentarnos en una especie de silencio solemne para escuchar el Evangelio. No es así en Gales. Allí se oye la voz de aclamación, cada persona expresa los sentimientos de su alma en oraciones y gritos audibles a Dios, y al final, cuando el Espíritu ha descendido, se oyen los fuertes gritos de "Gogoniant", "Gloria a Dios".

A medida que cada frase preciosa sale de los labios del predicador, parece que la gente la absorbe y se alimenta de ella, mientras grita de alegría. Creo que es una gran mejora en nuestras congregaciones inglesas, y algunos de nuestros predicadores ingleses no podrían seguir con su aburrido estilo, si a veces la gente tuviera la oportunidad de abuchearlos o animarlos. Sin embargo, esto no es más que un índice del frío estado de las iglesias.

Somos una nación flemática y fría, incluso los divinos escoceses son más vivos que nosotros, hablan la Palabra de Dios con más seriedad que muchos de nuestros ministros en Inglaterra. Por muy frío que creamos que es el norte, incluso él se ha vuelto más cálido que nosotros.

Y ahora, ¿qué dice el mundo a toda nuestra frialdad? Dice: "Ah, este es el tipo de religión que nos gusta", dice el mundo, "no nos gustan esos metodistas delirantes, no los soportamos, no nos gustan esos cristianos serios e infatigables de los días de Whitfield, ¡oh! no, ellos eran un grupo de gente delirante, no nos gustan, pero nos gustan estas personas tranquilas".

"Sí", dice el mundano, "creo que es muy correcto que cada hombre vaya a su iglesia y a su capilla el domingo, pero nunca podría ir a escuchar tales desvaríos como los que da el señor Fulano". Por supuesto que no podrías, eres un enemigo de Dios, y por eso te gusta una iglesia laodicense. Esa misma iglesia que le gusta al mundo es seguramente la que Dios aborrece.

El mundo dice: "Nos gusta que todo vaya sobre ruedas, nos gusta que un hombre vaya a su propia iglesia parroquial, y que oiga un sermón bueno, sólido y sustancial, nos gusta subir a la casa de reuniones y oír a un divino sobrio y elocuente, no nos gusta nada de esta predicación furiosa, nada de estas exhortaciones serias". No, por supuesto que les gusta aquello de lo que Dios ha dicho: "No eres ni frío ni caliente". Dios odia eso, y por eso los pecadores lo aman.

¿Pero qué efecto tiene todo esto en el mundano? Pues, sólo esto. Dice: "Me gusta usted, porque no me reprende, me gusta ese tipo de religión, porque no es una acusación contra mí. Cuando veo a un cristiano profeso tan indiferente a la salvación de los hombres como yo, entonces digo que todo es una farsa, una tontería. no lo dicen en serio, al ministro no le importa nada si las almas se salvan o no, y en cuanto a la iglesia, hacen mucho ruido de vez en cuando en Exeter Hall, sobre la salvación de algunos pobres negros que están lejos, pero no les importa salvarnos a nosotros".

Y así un mundano se envuelve, y sigue su camino en su pecado y su iniquidad, y persevera, incluso hasta el final, declarando todo el tiempo que la religión no es más que una farsa, porque nos ve descuidados en los asuntos solemnes, y fríos en cuanto a las realidades eternas.

De este modo, he expuesto con tristeza en mi propia alma el plan por el cual Satanás consuela a los pecadores en sus pecados, incluso por medio de aquellos que deberían reprenderlos más severamente.

## II. Y ahora el segundo punto: **las consecuencias de este mal.**

Y aquí quiero hablarles de manera muy directa y personal a todos ustedes que son profesantes de religión, y espero que tomen cada punto para sí mismos, en el que deben sentir que han sido y son culpables.

Amigos, ¡cuántas veces ustedes y yo, en primer lugar, hemos ayudado a mantener a los pecadores fáciles en su pecado, por nuestra inconsistencia! Si hubiésemos sido verdaderos cristianos, el impío se habría agujoneado a menudo en el corazón, y su conciencia lo habría condenado, pero habiendo sido infiel y falso, ha podido seguir durmiendo tranquilamente, sin ninguna perturbación de nuestra parte. ¿No creen, mis queridos hermanos y hermanas, que cada uno de ustedes ha sido culpable aquí, que a menudo han ayudado a apaciguar a los impíos en su rebelión contra Dios?

Debo confesarme culpable. Me he esforzado por escapar del pecado, pero no estoy limpio de él. Ruego que cada uno de ustedes haga una confesión completa ante Dios, si por su silencio, cuando se ha cometido el pecado ante sus ojos, o por una sonrisa, cuando se ha contado una broma lasciva en su audiencia, o si por una constante indiferencia a la causa de Cristo, han llevado a los pecadores a dormir más seguros en el lecho de sus iniquidades.

Pero vayamos aún más lejos. ¿No creen que muy a menudo, cuando la conciencia de un pecador ha sido despertada, ustedes y yo hemos contribuido a darle un trago tranquilizador con nuestra frialdad de corazón, "¡Cállate! Maestro Conciencia", dice el pecador, pero él no se queda quieto, sino que grita en voz alta: "Arrepiéntete, arrepiéntete". Y entonces tú, un cristiano que profesa, pasas y le administras el trago de opio de tu indiferencia, y la conciencia del pecador vuelve a caer en su letargo, y la reprimenda que podría haber sido útil se pierde

por completo para él.

Estoy seguro de que éste es uno de los grandes pecados flagrantes de la iglesia de Cristo, que no somos ahora los testigos de Dios, como deberíamos serlo, sino que a menudo callamos el testimonio de la conciencia en las almas de los hombres. Miren ahora sus vidas, y hablo personalmente a cada uno, miren el día de ayer, y los días anteriores, y les pregunto, y les pido solemnemente que respondan a esta pregunta, ¿no han ayudado a menudo, en primer lugar, a callar las conciencias de los hombres, y después a enviarlos a dormir cuando han sido condenados?

Además, ¿no es posible que a menudo los pecadores hayan sido fortalecidos en su pecado por ti? No eran más que principiantes en la iniquidad, y si hubieras reprendido con honestidad y sinceridad, con tu propia vida santa, podrían haber sido llevados a ver su locura, y podrían haber dejado de pecar, pero has fortalecido sus manos. Han seguido adelante con confianza, porque han dicho: "Veán, un miembro de la iglesia les marca el camino. Fulano no es más escrupuloso que yo," dice tal, "puedo hacer lo que él hace" Y así has ayudado a fortalecer a los pecadores en sus pecados.

Es más, ¿no es posible que algunos de ustedes, los cristianos, hayan ayudado a confirmar a los hombres en sus pecados y a destruir sus almas? Es una obra maestra del diablo, cuando puede usar a los propios soldados de Cristo contra Cristo. Pero esto lo ha hecho a menudo. He conocido muchos casos. Permítanme contar la historia de un ministro, una que creo que es verdadera y que me convence a mí mismo, y por lo tanto, la cuento con la esperanza de que también despierte sus conciencias y los convenza a ustedes también.

Había una vez un joven ministro que predicaba muy seriamente en cierta capilla, y tenía que caminar unas cuatro o cinco millas hasta su casa por un camino rural después del servicio. Un joven que había quedado profundamente impresionado por el sermón, solicitó el privilegio de caminar con el ministro, con la ferviente esperanza de tener la oportunidad de expresarle sus sentimientos y obtener alguna palabra de orientación o consuelo.

En lugar de eso, el joven ministro contó durante todo el camino las más singulares historias a los que le acompañaban, provocando fuertes carcajadas, e incluso relatando historias que rayaban en lo indecoroso. Se detuvo en cierta casa, y este joven con él, y toda la noche se dedicó a la frivolidad y a la charla tonta.

Algunos años más tarde, cuando el ministro se hizo mayor, se le mandó llamar para que acudiera a la cabecera de un moribundo. Se apresuró a ir con un corazón deseoso de hacer el bien. Le pidieron que se sentara junto al lecho, y el moribundo, mirándole y observándole muy de cerca, le dijo: "¿Recuerdas haber predicado en tal o cual pueblo en tal ocasión?". "Sí, lo

recuerdo", dijo el ministro. "Fui uno de sus oyentes", dijo el hombre, "y me impresionó profundamente el sermón". "Gracias a Dios", dijo el ministro. "¡Deténgase!" dijo el hombre, "no agradezca a Dios hasta que haya escuchado toda la historia, tendrá razones para alterar su tono antes de que yo lo haya hecho".

El ministro cambió de semblante, pero no adivinó cuál sería el alcance total del testimonio de aquel hombre. Dijo: "Señor, ¿recuerda que, después de que usted terminó ese sermón tan serio, yo, junto con algunos otros, me dirigí a casa con usted? Estaba sinceramente deseoso de ser guiado por el camino correcto esa noche, pero le oí hablar con tal ligereza, y con tanta tosquedad también, que salí de la casa mientras usted se sentaba a cenar, y estampé mi pie en el suelo, Dije que eras un mentiroso, que el cristianismo era una falsedad, que, si podías pretender ser tan serio en el púlpito, y luego bajar y hablar así, todo debía ser una farsa, y he sido un infiel", dijo, "un infiel confirmado, desde ese día hasta hoy. Pero no soy un infiel en este momento, lo sé mejor, me estoy muriendo, y estoy a punto de ser condenado, y en el tribunal de Dios pondré mi condena a su cargo, mi sangre está en su cabeza", y con un grito espantoso, y una mirada demoníaca al ministro tembloroso, cerró los ojos y murió.

¿No es posible que hayamos sido culpables así? La sola idea haría que se nos pusiera la carne en el asador, y, sin embargo, creo que hay pocos entre nosotros que no digan: "Eso ha sido culpa mía, después de todo". Pero, ¿no hay suficientes trampas para atrapar almas, sin que ustedes se conviertan en cazadores de Satanás para hacer daño? ¿No tiene Satanás suficientes legiones de demonios para asesinar a los hombres, sin emplearos a vosotros? ¿No hay manos que puedan estar rojas con la sangre de las almas además de las vuestras?

¡Oh, seguidores de Cristo! ¡Oh, creyentes en Jesús! ¿Serviréis bajo el príncipe negro? ¿Lucharán contra su Maestro? ¿Arrastraréis a los pecadores al infierno? ¿Nosotros, que profesamos predicar el Evangelio de Cristo, vamos a dañar y destruir las almas de los hombres con nuestra conversación?

**III.** Así, creo que he expuesto las solemnes consecuencias de este temible mal. Y ahora vengo, en conclusión, y ruego a Dios que me ayude, mientras trato seria y solemnemente con ustedes, **y sacar este gran ariete, para que cargue contra esta vana excusa de los malos.**

Entre esta gran congregación, tengo sin duda un número muy grande de personas que no se han convertido a Dios, y que han puesto continuamente esta excusa: "Veo tanto la inconsistencia de los profesantes que no pienso en la religión yo mismo".

Oyente mío, te suplico por el Dios vivo, dame tu oído un momento, mientras hago pedazos esta vana excusa tuya. ¿Qué tienes que hacer con las inconsistencias de otro? "A su propio amo se mantendrá o caerá". ¿Qué te importará si la mitad de los profesantes de las religiones son enviados al infierno? ¿Qué consuelo será para ti, cuando tú mismo llegues allí? Hombre,

¿exigirá Dios los pecados de otras personas a tus manos? ¿Dónde se dice que Dios te castigará por lo que haga otro? ¿O te imaginas que Dios te recompensará porque otro es culpable? Seguramente no eres lo suficientemente necio para eso.

Te pregunto, ¿qué puedes hacer con el siervo de otro? Ese hombre es un siervo de Dios, o al menos profesa serlo, si no lo es, ¿qué asunto puede ser de tu incumbencia? Si vieras a veinte hombres bebiendo veneno, ¿sería esa una razón para que tú lo bebieras? Si al pasar por el puente de Londres vieras a una docena de miserables saltando desde el parapeto, habría un buen argumento para que tú mismo intentaras detenerlos, pero ningún argumento para que tú también saltaras.

¿Y qué pasa si hay cientos de suicidas? ¿Te excusa eso si derramas tu propia sangre? ¿Acaso los hombres alegan así en los tribunales de justicia? ¿Dice un hombre: "Oh juez, perdóname por haber sido un ladrón, hay tantos cientos de hombres que profesan ser honestos, que son tan grandes ladrones como yo"? Serás castigado por tus propias ofensas, recuerda, no por las ofensas de otro. ¡Hombre! Te suplico, mira esto a la cara.

¿Cómo puede esto ayudar a aliviar tu miseria? ¿Cómo puede esto ayudar a hacerte más feliz en el infierno, porque dices que hay muchos hipócritas en este mundo?

Pero, además, sabes muy bien que la iglesia no es tan mala como dices. Ves a algunos que son incoherentes, pero ¿no hay muchos que son santos? ¿Te atreves a decir que no hay ninguna? Te digo, hombre, que eres un tonto. Hay muchas monedas malas en el mundo, muchas falsas, ¿dices por tanto que no hay ninguna buena? Si lo dices, estás loco, pues el mismo hecho de que haya falsificaciones es prueba de que debe haber realidades.

¿Cree alguien que vale la pena fabricar soberanos malos si no hay buenos? Es justamente la cantidad de buenos la que hace pasar las pocas monedas falsas. Y así, ningún hombre pretendería ser cristiano si no hubiera algunos buenos cristianos. No habría hipócritas si no hubiera algunos hombres verdaderos. Es la cantidad de hombres verdaderos la que ayuda a pasar al hipócrita en la multitud.

Y, además, digo, cuando te presentas ante el tribunal de Dios, ¿crees que esto te servirá de excusa, para empezar a encontrar faltas en los propios hijos de Dios? Suponed que os llevarais ante un rey, un monarca absoluto, y empezarais a decir, a modo de apelación: "Oh rey, he sido culpable, es cierto, pero vuestros propios hijos e hijas no me gustan, hay muchas faltas en los príncipes de la sangre". ¿No diría él: "¡Desgraciado! estás añadiendo insulto a la maldad, tú mismo eres culpable, y ahora difamas a mis propios hijos, los príncipes de la sangre?"

El Señor no quiere que digas eso al final. Él ha perdonado a sus hijos, está dispuesto a perdonarte a ti. Él te envía hoy misericordia, pero si la rechazas, no imagines que te escaparás

contando los pecados de los perdonados. Más bien esto será una adición a vuestro pecado, y pereceréis con mayor temor.

Pero ven, hombre, una vez más, te lo ruego con todas mis fuerzas. ¿Qué? ¿Puedes ser tan necio como para imaginar que porque otro hombre está destruyendo su propia alma por la hipocresía, esto es una razón para que tú destruyas la tuya por la indiferencia? Si hay miles de cristianos falsos, con mayor razón debo ser yo uno verdadero, si hay cientos de hipócritas, esto debería hacerme más sincero para buscarme a mí mismo, y no debería hacerme indiferente sobre el asunto.

¡Oh, pecador! Pronto estarás en tu lecho de muerte, y te consolará allí pensar: "he rechazado a Cristo, he despreciado la salvación, estoy pereciendo en mis pecados", y añadir: "¡pero hay muchos cristianos que son hipócritas!" No, la muerte arrancará esa excusa. Eso no te servirá.

Y cuando los cielos estén en llamas, cuando las columnas de la tierra se tambaleen, cuando Dios venga en nubes voladoras a juzgar a los hijos de los hombres, cuando los ojos eternos se fijen en ti, y como lámparas encendidas iluminen las partes secretas de tu vientre, ¿podrás entonces poner esta excusa: "¡Dios mío! es cierto, me he condenado, es cierto, he transgredido voluntariamente, pero había muchos hipócritas"? Entonces el Juez dirá: "¿Qué tienes que ver con eso? No tenías nada que hacer, para interferir con mi reino y con mi justicia, por tu propio rechazo a Cristo perecerás eternamente".

Y ahora concluyo, dirigiéndome al pueblo de Dios con igual solemnidad y seriedad.

Mis queridos oyentes, si pudiera llorar lágrimas de sangre esta mañana, no podría mostrar demasiada emoción respecto a este punto tan solemne. No sé cómo este texto me haya impactado antes de ayer, pero apenas lo noté me llegó como una acusación. Me declaro culpable de ello y pido perdón. Sólo deseo que un poder similar te acompañe, para que sientas que tú también has sido culpable también.

Oh, amigos, ¿podéis soportar la idea de que podéis haber contribuido a arrastrar a otros al infierno? Cristo os ha amado y ha perdonado vuestros pecados, ¿y vais a empujar a otros hacia abajo? Y sin embargo, si sois inconsecuentes, y especialmente si sois fríos y tibios en vuestra religión, lo estáis haciendo.

"Bueno", dice uno, "no hago mucho bien, pero no hago mal". Eso es imposible. Hay que hacer el bien o el mal. No hay tierra fronteriza entre la verdad y el pecado, un hombre debe estar o en la tierra o en el agua, y tú estás o sirviendo a Dios o sirviendo a Satanás, cada día estás aumentando el reino de tu Maestro, o bien disminuyéndolo.

No puedo soportar la idea de que alguno de ustedes sea empleado en el campo de

Satanás. Supongamos que este país es invadido por Francia. La campana de alarma suena desde el campanario de cada iglesia, el tambor suena en cada calle, y los hombres se reúnen en cada cruz del mercado. Hombres pacíficos se convierten en soldados en un instante, y multitudes marchan hacia la costa. Cuando nos acercamos a ella, contemplamos una tropa de soldados que han escalado nuestros blancos acantilados, y con las bayonetas caladas marchan contra nosotros. Nosotros, con una tremenda ovación, nos lanzamos contra ellos, para hacerlos retroceder hacia el mar que ciñe nuestra amada patria.

De repente, mientras nos apresuramos a avanzar, detectamos a decenas de ingleses que marchan en las mismas filas que nuestros enemigos, y que pretenden asolar su propio país. ¿Qué debemos decir? "Atrapad a esos traidores, no dejéis escapar a ninguno, dadles muerte a todos. ¿Pueden los ingleses ponerse del lado de los enemigos de Inglaterra? ¿Pueden marchar contra nuestros hogares, traicionar a su patria y ponerse del lado del tirano Emperador? ¿Puede ser esto? Entonces, ¡que padezcan la muerte!"

Y, sin embargo, hoy contemplo un espectáculo más lamentable. Ahí está el Rey Jesús marchando a la cabeza de sus tropas, y ¿puede ser que algunos de ustedes, que profesan ser sus seguidores, estén en el otro bando, que profesando ser de Cristo estén luchando en las filas del enemigo, llevando el equipaje de Satanás y vistiendo el uniforme del infierno, cuando profesan ser soldados de Cristo?

Sé que los hay aquí, ¡que Dios los perdone! Que Dios los perdone, y que los desertores vuelvan, aunque vuelvan con las cadenas de la condena. Que vuelvan y se salven.

Oh, hermanos y hermanas, hay suficientes para destruir las almas sin nosotros; suficientes para extender el reino de Satanás sin que lo ayudemos. "Salid de en medio de ellos; no toquéis lo inmundo; apartaos". ¡Iglesia de Dios! ¡Despierta, despierta, despierta para la salvación de los hombres! No durmáis más, empezad a orar, a luchar, a dar a luz, sed más santos, más consecuentes, más estrictos, más solemnes en vuestro comportamiento.

Comenzad, oh soldados de Cristo, a ser más fieles a vuestros colores, y tan ciertamente como llegará el tiempo en que la iglesia será así reformada y revivida, tan ciertamente vendrá el Rey en medio de nosotros, y marcharemos hacia una victoria segura, pisoteando a nuestros enemigos, y obteniendo para nuestro Rey muchas coronas, a través de muchas victorias logradas.